

UN REFORMADOR SOCIAL EN UNA SOCIEDAD BURGUESA: PABLO MONTESINO

JULIO RUIZ BERRIO

"¿Conviene o no difundir la instrucción en el mundo, o debemos desear que las clases inferiores de la sociedad reciban al menos los principios de una instrucción elemental?"

Joseph Hamel

El 8 de marzo de 1839 se inauguraba en Madrid, en el número 80 de la calle Ancha de San Bernardo, la primera Escuela Normal que hubo en España. Este año se está conmemorando tal efemérides con fervor y con un programa de actividades amplio e interesante, como lo es, por ejemplo, el Congreso internacional que nos tiene reunidos hoy aquí. ¿Por qué estas celebraciones?... ¿Acaso la cifra de ciento cincuenta años es tan mágica como para estimular tales convocatorias?... ¿Acaso nos hemos vuelto tan respetuosos con nuestros antecesores que consideramos correcto el honrarles adecuadamente?... ¿O es que la corriente de ahistoricismo que invade al mundo se está debilitando y la sociedad académica y científica ha sentido la necesidad de los estudios históricos?... Personalmente estimo que algo hay de todas esas razones, pero que la causa principal de estas conmemoraciones es algo mucho más vital y social que todo eso, la necesidad de un análisis en profundidad de las raíces, estructuras y sentido de la formación del profesorado ante dos cambios legislativos escolares tan importantes e inmediatos como la reforma completa del sistema escolar y la de los planes de estudio de las universidades. Así lo estimo y por ello me permito felicitar a los organizadores en particular y a todos los profesores de la Escuela universitaria en general. Porque en último término, como contestó el Minino de Cheshire cuando Alicia le preguntó por qué camino debía ir, ese camino depende de a donde se quiera llegar.

Pues, bien, de esa meta es de lo que voy a tratar a continuación. No, por supuesto que no, de vuestra meta en esta sociedad española de aquí y de ahora, sino de la meta, de los objetivos que se pretendieron alcanzar al establecer la primera Escuela Normal en España. Lo cual exige, ni más ni menos, que localizar y desentrañar los objetivos que se propuso al crearla el que fue su promotor y fundador, Pedro Pablo Montesino Cáceres.

Biografía externa

Me vais a permitir una auténtica *boutade*, el mencionar en este momento, ante un público conocedor del tema, unos pocos datos -los pocos que normalmente se saben- de la vida de Montesino. Pero lo creo necesario porque están presentes también varios ilustres profesores extranjeros que no tienen por qué saber la biografía de nuestro personaje, y

porque considero conveniente recordar sus coordenadas biográficas externas, a fin de profundizar en la comprensión de su persona y de su obra. De todas formas, creo que no es tan grave esta introducción cuando estamos asistiendo a un auténtico boom del género biográfico en la Historia, con representaciones tan distintas y tan sugestivas como las de Fernando VII hecha por Juan Van Halen o la de Bolívar (sus últimos seis meses) hecha por García Márquez, por no citar sino a dos personajes contemporáneos del mismo Montesino.

D. Pablo Montesino, sin duda alguna una de las personas que más ha hecho por la educación en la España contemporánea, y uno de los primeros pedagogos españoles del siglo XIX, fue un hombre de vocación tardía en cuestiones de educación. Sus estudios, sus experiencias, sus programas, sus escritos pedagógicos son posteriores al primer medio siglo de su vida. Eso le proporciona un perfil atípico, al menos para nuestros especializados ojos de hoy. Pero hay que tener presente dos hechos que matizan esa afirmación. Por un lado, que en la Europa de entonces, en la misma España, era fácil encontrarse con personalidades que definían completamente su vocación ya en la madurez de sus vidas. Por otro, que los estudios y ocupaciones del Montesino de sus primeros cuarenta años de vida fueron precisamente de Medicina y de Política, lo cual nos descubre ya que en el fondo hay una trayectoria recta y única de vida en él, caracterizada por su preocupación por la sociedad y un anhelo constante por reformarla. Medicina, Política, Pedagogía no son en última instancia más que otros tantos programas de reforma, de mejora, de educación, de PAIDEIA, como hubiera dicho Werner Jaeger. ¿Quizá fue eso, un educador de un pueblo, Montesino?

Nació en un pueblo de la provincia de Zamora, en Fuente del Carnero, el 29 de junio de 1781. Comenzó estudios en Valladolid y cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Salamanca, incorporándose pronto a la Sanidad militar a través del Cuerpo de Ejército de Extremadura, en el que permaneció hasta 1814 en que terminó la guerra contra las huestes napoleónicas. Posteriormente obtuvo por concurso la dirección de los Baños de Ledesma, y más adelante la de los de Alange. En esta plaza y actividad estaba cuando el triunfo del constitucionalismo y la libertad en España le animaron a presentarse a representante en Cortes, obteniendo la plaza de Diputado por Extremadura en 1822. Pero al año siguiente la alianza conservadora de Europa estimó que no era bueno para ellos un régimen liberal en España y llevaron a cabo una intervención armada con cien mil soldados que capitaneaba el Duque de Angulema. De esta manera se repuso al Monarca español, Fernando VII, que inauguró otra etapa absolutista de su reinado mediante la persecución implacable y cruenta de los constitucionalistas. Los liberales que pudieron escapar pasaron al exilio.

Precisamente uno de los que pudo librarse milagrosamente fue Pablo Montesino, que no era ningún exaltado, aunque hubiera firmado en su día también la incapacidad de Fernando VII para gobernar por sus continuas conjuras contra la Constitución. Por esa razón, desde finales de 1823 Montesino se encontró en el Reino Unido, primero en Londres y después en la isla de Jersey, donde hubo una extensa colonia de intelectuales españoles en general y de médicos en particular, estudiada con tanto cariño por V. Llorens. Allí en Inglaterra permaneció durante once años, hasta que se produjo la muerte del Monarca y la reinstauración de un régimen liberal en el país. Y allí en el Reino Unido es donde Montesino inició su específica formación pedagógica, al verse en la necesidad de

educar a sus dos hijos. De ese modo el pensamiento de Montesino se verá caracterizado por una nota que entiendo que fue sustancial en él, la influencia inglesa: la influencia pedagógica, la influencia cultural, la influencia científica, la influencia política, la influencia psicológica. Si antes adelantamos un Montesino como "educador de un pueblo", ahora hay que añadir "de formación inglesa".

A su vuelta a España en 1834 dedicó casi todos sus afanes y energías a la educación nacional, participando desde el primer momento en organismos directivos y consultivos del país. Al mismo tiempo trabajó en primera línea de la enseñanza, como lo demuestra su labor de dirección del Seminario Central de maestros del Reino, sus visitas de inspección a escuelas e institutos, o bien la elaboración de textos pedagógicos, como el *Manual para los maestros de las escuelas de párvulos*.

El 6 de septiembre de 1834 fue nombrado miembro de la Comisión Central "para formar el plan de instrucción primaria del Reyno" p.4. Más adelante formó parte de la Dirección General de Estudios y desde 1836 fue Consejero de Instrucción Pública. Fueron quince años hasta su muerte, en Madrid el 15 de diciembre de 1849, de intensa actividad, de entrega total y de modelo de honradez social y educativa. De todas formas, su mayor influencia a nivel nacional la tuvo en los periodos políticos de carácter progresista, especialmente bajo la regencia del que llegó a ser su familiar político, el general Espartero. Estos aspectos nos aumentarían el perfil de Montesino como "político de la educación".

Pero en sus últimos quince años de vida Montesino se preocupó también de otros asuntos políticos, culturales, sanitarios, sociales en una palabra. En ese sentido podemos recordar que fue Director de la Imprenta Nacional desde 1836 a 1843, miembro de la Junta Suprema de Sanidad, con encargo de prevenir y atajar la epidemia de cólera, individuo de la Junta de organización del Cuerpo de Sanidad militar y de reforma de los Hospitales, miembro de la Junta de Sanidad de Madrid, etc... Actividades que nos muestran otro aspecto fundamental para comprender a Pablo Montesino, en tanto que "de formación médica y de extraordinaria sensibilidad para los temas sanitarios".

Perteneció a varios cuerpos científicos nacionales y extranjeros, como la Academia de Ciencias, la Real Sociedad Económica Matritense, la Sociedad Médico-Quirúrgica de Cádiz, la Sociedad de Ciencias Médicas de Lisboa, además de a otros cuerpos y sociedades de carácter específicamente pedagógico. Se trató del reconocimiento parcial de sus méritos, quizá algunas veces por el simple hecho de formar parte de los organismos del poder. Pero casi siempre fue por devoción a su saber y a su hacer, de lo que podemos dar dos ejemplos para demostrarlo. Uno, que su retrato fue introducido en las Escuelas Normales de Madrid, y de Salamanca a petición de los mismos alumnos que con él se formaron o que a él siguieron en su formación. Otro, que se dió su nombre a algunas Escuelas de Párvulos, como la de Guadalajara y una de las de Madrid, en vida de él mismo. Es decir, que fue capaz de ahuyentar de él toda sospecha de rivalidad, todo motivo de celos, que con frecuencia tenemos hasta con personas que nunca pensaron en rivalizar con nosotros. Lo que no significa que no tuviera enemigos, precisamente en el mundo de la enseñanza.

El contexto histórico

En este momento de mi disertación, o quizá antes ya del mismo perfil biográfico trazado tan superficialmente, debería haber hablado de la sociedad en la que nació y se desarrolló Montesino. Pero ni lo he hecho ni lo voy a hacer, porque en esta misma sesión dos ilustres historiadores, la Doctora Zuloaga y el Doctor De Vroede, se van a referir al contexto histórico en que nacieron las Escuelas Normales, tanto en España como en Europa y el mundo occidental. Y ese contexto es el mismo que el de Pablo Montesino. Su peripecia histórica tiene las mismas coordenadas, tanto en lo que se refiere a la política como a las doctrinas sociales, a la política de la educación como a las doctrinas pedagógicas, al pensamiento en general como al educativo en particular, a los cambios económicos como a la revolución industrial.

Contemplar el contexto histórico de las primeras Escuelas Normales de España es contemplar el marco educativo referencial de Montesino. El reformador zamorano vivió una época de transformaciones, de cambio gigantesco. Un cambio del que los mismos protagonistas eran conscientes, como testimonio Mariano José de Larra. Tuvieron la sensación de que estaban pasando de una orilla a otra de una inmensa laguna, de que les tocaba una era de transición, de que tenían que hacer la transición. Crecieron en el Antiguo Régimen en plena sociedad estamental, y tuvieron que luchar personal y colectivamente por liberarse de tales ataduras para inaugurar una sociedad menos injusta, más abierta, más moderna, con más posibilidades, una nueva sociedad en la que el pueblo reconquistaba su soberanía y donde, al menos sobre las leyes fundamentales, todo hombre se dignificaba porque era contemplado como un ciudadano. Y cuando fueron logrando el establecimiento de regímenes constitucionales, consideraron que habían ayudado extraordinariamente a la humanidad en su lucha constante por la libertad. Les faltaba a muchos el ser conscientes de las nuevas opresiones, de los nuevos vasallajes, de las nuevas desesperanzas, de las nuevas hambres. Y aun en el caso de los que fueron algo conscientes de la nueva situación de desigualdad social, sus límites existenciales no les permitieron analizar con profundidad los problemas que se planteaban ni ver con claridad el tipo y la intensidad de los cambios que eran necesarios o cuando menos urgentes.

Es el caso en que se vió envuelto Montesino, que a nuestros ojos ofrece múltiples contradicciones en su programa de reformas. Por una parte tiene prioridad en su pensamiento el tema de la regeneración del pueblo, para lo que propone un autodesarrollo del mismo que le permita ejercer realmente la soberanía que se le acaba de reconocer pomposamente. Por otra, diseña un programa de corte claramente liberal. Además, utiliza unos convoyes semánticos procedentes del despotismo ilustrado. De la Ilustración toma también la argumentación del optimismo pedagógico, que le servirá para justificar su programa de acción. Finalmente, miembro activo de una sociedad de clases, y perteneciente a la clase media, somete su proyecto social a la armonía deseada por la burguesía.

La verdad es que este análisis es fácil de hacer desde nuestras posiciones actuales, pero Montesino acumuló bastantes méritos simplemente con el hecho de intentar extender y perfeccionar la educación del pueblo en medio de ese apogeo triunfalista de una sociedad de clase. Dificultades a las que hay que añadir las de la peripecia política de España en los mismos años: derrotas militares, crisis económicas y corrupción en el

reinado de Carlos IV, una guerra internacional después, con un trasfondo de guerra civil; un sexenio absolutista, un cambio de régimen y una "década onminosa" más tarde. Y cuando ya se restableció definitivamente el régimen constitucional, una guerra civil, así como la asunción de los últimos flecos de la guerra de liberación de los países sudamericanos.

Un programa de política educativa

Como muchas de las figuras destacadas en el panorama pedagógico europeo de la época, Pablo Montesino recibió influencias semejantes, se apoyó en presupuestos políticos y morales parecidos, llevó a cabo ensayos educativos importantes y concibió unas líneas de reforma educativa tan extensas y tan profundas que nos permite que nos refiramos a las mismas como un *programa de política educativa*.

En el capítulo de semejanzas, es fácil encontrar grandes similitudes con otros europeos, sobre todo con aquellos motivados fundamentalmente en sus actividades por el deseo de reforma social. En el caso de Fellenberg, de Lambruschini, de Lancaster, de Owen, de Rosmini, de Jacottot, y de tantos otros, por no citar sino contemporáneos estrictos y representativos. En algunos casos las coincidencias fueron bastante mayores, como en el del ginebrino Luis Francisco Naville (1784-1846), conocedor directo de Pestalozzi, de Fellenberg y de Girard, que se hizo famoso en el experimento de Vernier y que escribió *Educación pública*, en donde la argumentación en defensa de la educación sigue el discurso de la necesidad de la misma para promover la agricultura, la industria, el comercio y las instituciones sociales.

Y de una manera especial yo recordaría aquí las coincidencias de Montesino con uno de los pedagogos más conocidos internacionalmente, con Jullien de Paris. Los dos se mueven entre casi las mismas fechas de nacimiento y muerte. Los dos tienen fe auténtica en el poder de la educación, y los dos creen en el pueblo, por lo que deciden su vida al servicio de la promoción educativa convencidos de que así sacarán al pueblo de sus miserias físicas y morales. Por otra parte, su formación es variada y su inquietud intelectual amplia, lo que les permitirá tomar parte en las más diversas empresas, eso sí, todas ellas al servicio del bien común. Además les une igualmente su estima de la Educación comparada, con la que pretenden contribuir al progreso, a la difusión de las luces, al programa de política escolar, al bienestar general. Los dos no se contentan con argumentar en torno a la educación, sino que llegado el caso se comprometen en la política o se entregan sin reservas a la acción educativa directa, a la práctica. Los dos son liberales y románticos, burgueses reformadores.

Entre esos educadores mencionados, como entre otros de la misma etapa no citados, hubo bastantes influencias comunes. Hablar de ellas sería muy interesante, pero las limitaciones de esta ponencia me desaconsejan hacerlo. Incluso no es mi intención tratar directamente las escuelas, movimientos, corrientes, que incidieron sobre la forma de hacer o el pensamiento de Montesino. Se pueden conocer con profundidad en los tratados y monografías sobre la educación de la época respecto a lo general, o en los magníficos análisis al caso, como los de los profesores Bernat Sureda o Martínez Navarro, en cuanto al pedagogo español se refiere.

En cambio me interesa entrar cuanto antes en la cuestión del programa de política educativa, porque creo que en él se revela la personalidad entera de Montesino. ¿Dónde está ese programa?... La primera respuesta a esta pregunta sería la misma que ya daba el más extenso biógrafo que ha tenido Montesino hasta la fecha, Joaquín Sama, en su obra sobre el zamorano: la de que su programa queda perfilado a través de sus principales escritos. Es una respuesta válida, y a lo mejor la más acertada. En el corpus de artículos que publicó en el *Boletín de Instrucción pública* (ya fueran firmados o sin firmar), en el *Manual para maestros de escuelas de párvulos*, y en los *Ligeros apuntes y observaciones sobre la instrucción secundaria y la superior o de Universidad*, efectivamente, se construye un programa de política educativa en general.

Pero yo me voy a aventurar aquí a dar una respuesta que puede parecer a algunos heterodoxa. Porque considero que el programa de política escolar está trazado al completo en los llamados modestamente por Montesino *Ligeros apuntes*... Quizá ha sido esa humildad en la denominación lo que nos ha confundido muchas veces para no ver con claridad lo que se proponía con ellos su autor. Mas si observamos su estructura y las proposiciones que contiene su objetividad, y tenemos en cuenta la fecha en que los escribió, la perspectiva cambia totalmente. Por otra parte, reconozco que en ocasiones también hemos dado especial importancia a cierta parte de sus contenidos, aquellos en que Montesino lleva a cabo con mano maestra tanto un informe sobre la educación en otros países (Alemania, Francia, Lombardía, Reino Unido, Suiza) como un pequeño pero magnífico análisis comparativo entre la instrucción en tales naciones y en España, y con celeridad acientífica hemos clasificado la obra en el género de la Educación comparada y nos hemos quedado conformes.

Sin embargo, ya digo que un análisis detenido y actual de su línea argumental, de su estructura y de sus proposiciones, nos conduce fácilmente a considerar tal publicación como un completo e interesantísimo programa de política escolar para España. Recordemos respecto a su microcontexto que lo firma en febrero de 1836, poco menos de medio año antes de que se aprobara por Decreto el Plan del Duque de Rivas. Y otra faceta de tal escrito digna de ser tenida en cuenta es la de las innovaciones educativas que aparecen en el Plan de Rivas y que nos había ofrecido Montesino en sus "Apuntes". Entre otras, por ejemplo, las siguientes: una instrucción primaria estructurada en enseñanza elemental y enseñanza primaria superior; la formación para un oficio por parte de las escuelas rurales que puedan; una "Escuela Normal Central de instrucción primaria", en la que se refundiría la Escuela Normal de enseñanza mutua, y una Escuela Normal en cada provincia, si se puede; unos sueldos más decentes a los maestros, a la vez que la idea de que la enseñanza primaria sólo sea gratuita para los pobres; una idea de los estudios secundarios como "necesarios para completar la educación general de las clases acomodadas"; un curriculum de enseñanza media superior en el que se introduce la economía política, el derecho natural y la ciencia de la administración; la Medicina, la Cirugía, la Farmacia y la Veterinaria integradas en la Universidad, en las Facultades; un Consejo de Instrucción Pública. Y algo todavía más típico del programa de Pablo Montesino: que los futuros profesores de instrucción secundaria sufran un examen sobre "la Pedagogía o Métodos de enseñanza y de educación", y además, en el artículo 81 se decreta la existencia de "una Escuela Normal para formar profesores con destino a los establecimientos públicos". ¿Se puede dudar mucho de esta influencia de Montesino en el Plan del Duque de Rivas después de lo apuntado?...

No es el momento, creo yo, de establecer un cuadro de doble entrada con textos de una y otra parte. Es un trabajo que debemos dejar para otra ocasión: eso sí, con carácter urgente. Ahora, enfocado el programa educativo de Montesino de la manera que lo he hecho, me limitaré a llamar la atención sobre los principales asuntos que incluye, los presupuestos que asume y las propuestas que hace.

En primer lugar es interesante constatar que Montesino era consciente de los problemas que entraña una reforma de los estudios, por lo que se la planteaba como una acción política a desarrollar adecuadamente. En un momento determinado afirmó que:

"Convencidos de que las reformas no se llevan a cabo sin grandes dificultades y resistencias más o menos poderosas producidas por el interés personal de los que han de ser reformados, y por los hábitos y las creencias del gran número de individuos que por antipatía, puede decirse, repugna toda variación en su modo de existir por desgraciado que sea, como repugna el salvaje los medios y los fines de la civilización... nada tiene de extraño para nosotros que la reforma de la educación sometida a la misma ley que todas las reformas sufra embates y contradicciones".

Estaba convencido sobre todo de la necesidad de las reformas educativas para bien del pueblo. Consideraba a éste enmarcado por un círculo vicioso, del que le era difícil salir por sí mismo, y con un planteamiento típico del Despotismo Ilustrado estaba decidido a "facilitarle" la reforma educativa que pudiera transformarlo. Con gran sensibilidad para su tiempo había detectado que el problema no estribaba solamente en que la mayoría de los pobres no supieran leer, sino en que aquellos que aprendían a leer, "ningún provecho sacaban de esta habilidad". Lo cual explicaba con un análisis realista de la sociología de la cultura, de las mentalidades, al advertir que estos últimos "no leían o leían romances y coplas de ciego, porque carecían de toda especie de lectura que reuniese las circunstancias de amenidad, utilidad y poco precio. La lectura moral y religiosa en forma de novenas y devocionarios, prescindiendo de su mayor o menor conveniencia para ilustrar el entendimiento y dar ideas sanas de verdadera religión, no ofrecía alimento sustancial a la curiosidad natural del hombre, no satisfacía este intento que nos lleva al placer de saber, ni bastaba a la imaginación fecunda de un pueblo meridional. Era preciso recurrir a otra cosa; en defecto de buenos libros se recurría a leyendas o narraciones de hechos portentosos, y entre las leyendas para el vulgo español, las coplas..."

En el Programa de 1836 a que hacíamos alusión antes, Montesino defiende la división de la enseñanza en tres grados: la instrucción primaria, la segunda enseñanza y la enseñanza universitaria. Alega razones pedagógicas para ello, justificándolo también por causas psicológicas de un desarrollo por etapas. Pero literalmente afirma igualmente que tal división "se funda también en la variedad de necesidades sociales que resultan de la respectiva condición de cada uno". Es el Montesino pequeño burgués que ha superado aquella afirmación del abate Filangieri en el siglo anterior cuando decía que "desde un principio divido al pueblo en dos clases. En la primera comprendo a todos aquellos que sirven o podrían servir a la sociedad con sus brazos; en la segunda a aquellos que la sirven o pueden servir con sus talentos" (1780).- Pero que en cambio acepta tres tipos definidos de instrucción, según sus destinatarios.

Por supuesto, la instrucción primaria está destinada a todos los hombres, pero tenderá a suministrar a los "individuos de las clases inferiores" aquellos conocimientos que se creen indispensables para los mismos, con el objeto de que puedan llegar a ser "ciudadanos útiles a sí mismos y a la sociedad". La instrucción secundaria se contemplará como la esencial de las clases media y superior. En un caso servirá para el estudio de "las ciencias facultativas", en otro para disponer para el ejercicio de "las artes y las manufacturas", y en otros simplemente para poseer los conocimientos convenientes para el "manejo de los negocios públicos y privados".

Domina, pues, el interés de los particulares ricos y el del bienestar general del país a la hora de enfocar la enseñanza en cualquiera de sus grados. La utilidad está presente en todas las argumentaciones que se suceden, tanto en los *Ligeros apuntes*, como en el *Manual* como en el *Boletín*. Pero está presente como enfoque y también como término, junto a otra serie de palabras típicas del vocabulario de la Ilustración, como prosperidad, industria, comercio, agricultura, navegación, riquezas. Es decir, que se alternan en el Programa de Montesino los convoyes semánticos de larga vida ya, como son los del Despotismo Ilustrado, con los nuevos del régimen de la burguesía conquistadora.

En este sentido no nos debe extrañar que sostenga que la enseñanza no debe ser gratuita, ni siquiera la instrucción primaria, y menos la enseñanza de párvulos. Con cierta idea del Estado como institución subsidiaria en educación, defiende que sean las autoridades las que se encarguen de que se pueda disfrutar de una escuela de párvulos si no se tiene otros medios, a la vez que considera que la enseñanza primaria sólo debe ser gratuita para aquellos cuya pobreza les impide pagar cualquier tipo de retribución. Su filosofía se encierra en la creencia de que "la instrucción dispensada gratuita e imprudentemente, como toda otra limosna indiscreta, produce mayores males que bienes". Y en consecuencia intenta como primera educación del pueblo, de todas las clases, que se mentalicen en el sentido de convencerse de la utilidad de los conocimientos, a lo cual ayudará el esfuerzo económico que tengan que hacer para conseguirlos.

El curriculum está en línea con esa defensa casi en exclusiva de lo útil. Empieza porque alaba los programas de enseñanza secundaria o los establecimientos correspondientes de aquellos países que han incorporado hace tiempo las ciencias, especialmente las ciencias aplicadas. Le entusiasma particularmente lo que las autoridades del cantón de Zurich han puesto en práctica en orden a la enseñanza secundaria; dos tipos de instituciones, cuyos nombres nos ahorran de cualquier comentario: gimnasios y escuelas industriales. Siempre pendiente de proponer algo para la concreta sociedad española en la que vive y a la que desea servir, Montesino apunta un curriculum para la inminente sistematización de la enseñanza secundaria. Un curriculum amplio, que va a dar un pleno carácter enciclopédico a los institutos: religión y moral, latín, griego, retórica, literatura, lenguas modernas (francés e inglés), matemáticas, física, historia natural, dibujo, geografía e historia, filosofía y música.

Es posible que yo esté mostrando aquí un análisis no muy favorable a las líneas de política escolar que postulaba Pablo Montesino. Pero entiendo que, como decía el clásico, debemos ser más amigos de la verdad que de Aristóteles. Y las propuestas del zamorano, que luego, como he señalado antes, se incorporaron en gran medida al Plan del Duque de Rivas, son excesivamente clasicistas y ordenancistas. ¿Quizá por exceso de caos

en el estado de la enseñanza española? ¿Quizá por lograr rápidamente para la enseñanza española un nivel moderno del que se hallaba muy alejadas?... Pues, posiblemente. No nos olvidemos de que la opresión, el régimen de guerra civil durante muchos años y la fuerza de medievales escuelas filosóficas constituían un desafío atractivo para reformadores tan marcados como Montesino. Pero ese contexto cicatero, arcaico y reaccionario no justifica en modo alguno el enfoque al que nos hemos referido.

Además, y esto va en su descargo, Montesino ofrece otras ideas, aborda otros temas y propone o lleva a la práctica otra serie de realizaciones de corte y orientación bien distintos. En aquella misma España él puede ser considerado el campeón de la educación del pueblo. Cuando en 1841 escribe sobre la misión que corresponde a los maestros, afirma que no es el enseñar a leer, escribir y contar lo más importante de la misma. Para él era más importante que lograran proporcionar al pueblo medios para mejorar su condición, instrucción capaz de excitar su curiosidad racional, motivación para aficionarlo a la lectura, en fin, "darles a conocer sus verdaderos intereses, elevarles a que piensen por sí, y dejen de ser instrumentos y víctimas de intereses ajenos que desconocen". Incluso en otro escrito dice un año después que "si no se cuida de proporcionar al pobre medios de cultivar su razón para que pueda participar de los beneficios correspondientes a los progresos de la civilización, la desigualdad de las clases será mayor cada día contra el propósito y buen deseo de los que aspiran a la felicidad común".

Dos de sus grandes realizaciones fueron las Escuelas Normales y las Escuelas de Párvulos. En ambos casos Montesino las justifica socialmente como medios idóneos para mejorar la calidad de la enseñanza pública, que es ante todo para él la educación del pueblo. Cree que los primeros años de la vida del hombre son decisivos para su formación, y en consecuencia promueve una institución que acaba de nacer en Europa, y de la que él ha conocido los experimentos más famosos, los de Inglaterra, como relata al frente del Manual. Piensa que después puede ser tarde para formar el intelecto, los sentimientos, las habilidades, el carácter fundamentalmente -sin olvidar el desarrollo físico-, y por ello defiende las escuelas de párvulos para los pobres, para que puedan alcanzar a tiempo las capacidades, juicios, hábitos que les pongan en condiciones no inferiores a las miembros de otras clases sociales. Y por un razonamiento parecido se entusiasmará con la formación de los maestros, ya que así la enseñanza pública, la que reciben principalmente las clases económicamente débiles, como decimos ahora con eufemismo, tendrá calidad, tendrá unas bases científicas, será eficaz. Su deseo es que haya una Escuela Normal de este tipo en cada capital de provincia, a fin de que sirvan de instrumento de cambio, de cauce de las reformas, de polo de renovación, de foco de regeneración del pueblo.

Aparentemente, una de las grandes contradicciones en Montesino lo es también la que nos ofrece cuando apreciamos en algunos matices de su obra un ordenancismo excesivo, como hemos mencionado, y, en cambio, en muchísimas otras ocasiones su defensa de la libertad de cátedra, de libertad de establecimiento de instituciones escolares, de libertad de textos didácticos, de libertad de programas escolares. Si por su peripecia histórica particular era un amante de la libertad desde joven, desde los tiempos universitarios de Salamanca cuando entra en contacto con Muñoz Torrero, Quintana, etc., su estancia en Inglaterra sirvió para ampliar e intensificar ese amor a la libertad. Se complace en repetir siempre que en el Reino Unido cada uno enseña lo que quiere, donde

quiere y a quien quiere. Por otra parte, su testimonio vital nos habla del precio que pagó por comprometerse en la lucha por la libertad, no sólo la de él, sino la de todos.

¿Reformador social o burgués reformista?

En algún sector de la historiografía moderna sobre educación estoy seguro que aparecería Pablo Montesino, si de su época se hablara, como un pequeño burgués que, determinado por los sueños despóticos de la Ilustración, proyectó varias reformas que deseaba imponer a sus conciudadanos.

No dejaría de ser más que un juicio dentro de un modelo fijo de análisis histórico, independientemente de otras consideraciones, incluso de la misma originalidad y fuerza de cada uno de esos modelos. Para otros enfoques de la historia de la educación estaríamos ante un redentor, un salvador, un mesías, de los que tanto esperamos a veces las sociedades mediterráneas y que tan peligrosos suelen ser cuando se le da vía libre. Y si no fuera por la mesura, por la serenidad, por la grave personalidad de Montesino, otros lo considerarían como un revolucionario, que abrió en España las vías de la educación popular a través de la extensión y la cualificación de la enseñanza de párvulos, de la instrucción primaria, de la enseñanza de adultos. En lo cual no andarían exentos de razón, puesto que se puede hablar de una educación en España antes de Montesino y una educación después de él.

Pero opino que la realidad histórica no es tan radical como lo son, o somos, los historiadores. En primer lugar, es posible que en vez de hablar de un "pequeño burgués" haya que hablar de una "sociedad pequeño burguesa", como lo era la española de aquellos años. Lo cual significa que la talla de Montesino no se reduce sino, por el contrario, se agiganta, dada su obra y dados, por qué no decirlo, sus proyectos.

En segundo lugar, la formación de nuestro personaje no es recta o lineal, sino con recovecos y ondulada. Y su aventura personal, como hemos apuntado antes, fue muy rica y compleja.

Por último, para resumir, no podemos olvidar que él, como todos los hombres, son producto de su tiempo, aun los más revolucionarios. Y ello significa que son deudores de una cosmovisión determinada, cuyo conocimiento nos aclarará cualquier biografía, incluso la de aquellos que reaccionaron contra tal cosmovisión. Los grandes hombres son superadores de su siglo, de su civilización, de su cultura; lo que no somos los demás. Pero ello no significa que hayan surgido de la nada, porque están unidos y son producto de una sociedad y una cultura determinadas. Lo que quiere decir es que en ellos es donde apreciamos un buen número de contradicciones, y en algunos casos de fuertes paradojas.

Y Montesino fue un hombre de su época, miembro de una sociedad concreta, que deseó mejorar, perfeccionar, para aumentar la dignidad de los hombres y su bienestar físico. Para ello concibió la educación como la estrategia mejor y, consecuente consigo mismo, se entregó a una empresa educativa en la que tuvo bastantes éxitos. ¿Que hoy en día no podemos admitir que la enseñanza es la palanca de cambio de la sociedad?...

Ciertamente, pero también ahora es cuando cada vez estimamos con más seguridad que es una de las estrategias importantes a la hora de esa revolución social, y no sólo una variable dependiente de las reformas de las estructuras económicas o políticas.

En España están a punto de renovarse las Escuelas Normales, llamadas ahora Escuelas universitarias de formación del profesorado de E.G.B. Sus planes de estudio necesitan un cambio urgente y en profundidad. Esperemos que la lección de Pablo Montesino, un reformador social en una sociedad burguesa, sirva de acicate y estímulo en esa tarea que ya ha empezado en estos meses.

BIBLIOGRAFIA

1/ Obras de Pablo Montesino:

Ligeros apuntes y observaciones sobre la instrucción secundaria o media, y la superior o de Universidad. Madrid, Librería de Sojo y Razola, 1936.

Manual para los maestros de escuelas de párvulos, escrito en virtud de acuerdo de la Sociedad encargada de propagar y mejorar la educación del pueblo, por D.... Madrid, Imprenta Real, 1840.

Boletín de instrucción pública. Madrid, (Varios artículos escritos entre 1841 y 1846).

Curso de Educación, métodos de enseñanza y Pedagogía. Edición a cargo de Anastasio Martínez Navarro. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, Centro de Publicaciones 1988.

2/ Sobre Pablo Montesino:

Martínez Navarro, A., Estudio preliminar al Curso de Educación, métodos de enseñanza y Pedagogía de Pablo Montesino. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988, pp. 1-77.

Ruiz Berrio, J., Pablo Montesino, en textos pedagógicos hispanoamericanos, dirigido por A. Galino. Madrid, Iter, 1968, pp. 938-948.

Ruiz Berrio, J., Un reformador español: Pablo Montesino. En su segundo centenario. Escuela española, 2564 (1981).

Sama, J., Montesino y sus doctrinas pedagógicas. Barcelona, Juan y Antonio Bastinos, 1888.

Suereda, B., Pablo Montesino: liberalismo y educación en España. Palma de Mallorca, Prensa universitaria, 1984.